

## VI.

Julia tenía entonces 14 años; pero había adquirido como todas las mujeres del campo un gran desarrollo, y ya era por su cuerpo una mujercita hecha y derecha, limpia y hacendosa, que desempeñaba todas las faenas domésticas en la casa de su padre y tío. Ella molía, lavaba, remendaba los burdos pantalones de los dos hombres, daba agua á las bestias y hasta en las noches glaciales del duro invierno de la Sierra RAJABA LA LEÑA y encendía trabajosamente el fuego de la chimenea, donde asaba la carne de la cena y hervía el café para que su padre no se durmiera cuando Cruz convocaba á los principales vecinos á rezar el rosario intercalado con extrañas oraciones y letanías interminables. En verdad que casi todas las mujeres del pueblo hacían lo mismo; pero aquellas lo verificaban con la inconsciencia pasiva de las bestias de carga; ella nó, porque era soñadora y había conocido algo de la vida civilizada en Chihuahua, en la casa de su padrino, contrayendo allí estrecha amistad con la hija de éste, ya señorita, que la había hablado de cosas encantadoras, haciéndola saber que era bonita y que las mujeres como ella, son reinas.

En las noches de Serenata, cuando tocaba en el jardín de la Plaza de armas la música del 5º Regimiento ó del 11º Batallón, ella, niña aun, llevada por lástima, había entrevisto la sociedad aristocrática, lujosa y altiva de Chihua

hua, la habían deslumbrado los trajes de las mugeres hermosas y la había fascinado la armonía de los walses, nunca escuchados por ella.

Vagos anhelos se despertaron en su ser y su curiosidad infantil, no satisfecha, se enardeció ante el espectáculo de la vida confortable de una ciudad.

Había conocido al novio de su amiga, que era capitán 2º del 5º Regimiento, bien puesto y ajustado, luciendo marcialmente sus relucientes acicates; y ella, la soñadora niña de catorce años, ya se había visto al espejo, preguntándose si podía merecer un hombre así.

Después, en Tomochic, lloró y suspiró por las horas tranquilas que había pasado y que nunca volverían. Comprendió vagamente que aquellos hombres estaban locos, pero se resignó y soportó sus dolores con heroísmo de mártir.

Al día siguiente de la noche de aquel Domingo, tuvo fiebre y sin saber cómo, desvanecida, delirante, ligada fuertemente al asno que la llevaba, después de tres días, llegó á Guerrero.

Quedó anonadada bajo el peso de su desgracia y lentamente una sombra de melancolía inmensa oscureció su cerebro donde llegaron á dormir por fin todos sus sueños y todas sus aspiraciones.

Convirtiose en bestia como su madrastra, y vegetó.

Bernardo, lejos del yugo de Cruz, se entregó á su vicio favorito; fué haciendo vender sus vacas una á una, para pasar la vida, al par que cumplía su misión espionando las fuerzas que el gobierno en el mes de Agosto envió decididamente á Guerrero para atacar la población. Compóniase dicha fuerza de un piquete de veinticinco hombres

de la Seguridad pública del Estado, al mando del capitán Antonio Vergara; otro del 5º Regimiento, de treinta hombres, al mando del capitán 2º Lino Camacho y 65 hombres del 11º Batallón.

Como fuerzas auxiliares se reclutaron voluntariamente, 60 hombres de los pueblos de aquel rumbo, conocedores expertos del terreno y valientes á toda prueba, encomendándose su mando á Santa Ana Perez, muy conocido por su temerario valor y su popularidad en todo el Estado. El mando en Jefe lo tuvo el General José M. Rangel con tres oficiales del Estado Mayor y acompañado del mayor del cuerpo médico militar, Francisco Arellano. Total, ciento treinta hombres.

Bernardo avisó inmediatamente á Cruz quien le envió un emisario que habló largamente con él. Los dos se dirigieron á ver á Santa Ana Perez quien los filió y les dió armas y un grado nominal.

El 15 de Agosto partió una columna de ataque internándose en la Sierra, y avistando á Tomochic el día dos de Septiembre.

Cruz se aprestó á la defensa con cerca de sesenta y ocho hombres, en su mayor parte armados de carabinas, apostándolos en las cinco casas que limitan al pueblo al Este; les mandó aspilleraran de tal manera las paredes que pudiesen converger sus fuegos sobre el camino angosto, accidentado y duro que baja al valle, en el cerro del Cordón de Lino; ordenando que al escuchar un silvido agudo, tomaran los de la derecha por una ladera, remontándose hasta la cima, para allí cortar al enemigo su única retirada, descendiendo después sobre él, para aniquilarlo y dispersarlo en el monte. Bendijo las carabinas y acon-

sejó apuntar sobre los oficiales y jefes exclusivamente.

El general Rangel fraccionó su fuerza en dos columnas; una que bajase por el cerro del Cordón y atacase la iglesia, y otra por un cerro que forma con aquel un ángulo agudo en cuyo vértice se halla el cementerio. Esta fuerza lo debía ocupar y tomar después la casa de los Medrano, en la orilla del camino real.

Mientras se avistaban las fuerzas, los rebeldes oraron con devoción y serenidad admirables.

Pero cosa imprevista; Santa Ana Pérez con sus auxiliares en el Cordón permaneció sin recibir ni lanzar un tiro, en tanto que el general, en lo alto, se volvía loco de indignación y de rabia al ver que la confusión y el pánico lanzaban el desorden hácia el ala derecha de la segunda columna que se refugió en el cementerio, mientras Cruz y los suyos por la espalda, llegaron como tigres é hicieron prisioneros á los que ocupaban aquel punto entre ellos el teniente coronel José M. Ramirez.

Cayeron muertos el capitán Vergara; el mayor Prieto y el teniente Manzano; y derribado del caballo Vespaciano Guerrero, del Estado Mayor, que bajaba á transmitir una orden.

La derrota fué completa y la catástrofe irremisible. El general sin retirada, pero sereno, se refugió audazmente en una de las casas que el enemigo había desalojado.

En la noche, acompañado por algunos dispersos, atravesaba jadeante el monte, negro y silencioso.

Recojió el vencedor un gran botín, pero sólo los caballos, armas y municiones se utilizaron; lo demás fué guardado sin tocarlo, hasta un pequeño barril de tequila y algunos de harina.

Santa Ana Pérez había desaparecido y sólo Bernardo se presentó en Guerrero al general, diciéndole que aquel, herido en una pierna, huía al Norte del Estado.

Después el gobierno federal encomendó el mando de una segunda expedición al general Felipe Cruz y lo que paso fué increíble, inverosímil. Poco antes de llegar á Guerrero las fuerzas del 5º Regimiento cargaron por orden suya sable en mano, sobre una milpa. El destrozo fué horrible; las débiles cañas hechas pedazos al ñilo de los machetes cubrieron el suelo de despojos.

En Guerrero á un teniente del 11º Batallón se le ordenó posesionarse del cerro de la Generala á diez y ocho leguas de Tomochic lo que hizo sin encontrar resistencia.

El punto estaba desierto y el general telegrafió á México dando parte de haber atacado al pueblo, triunfando tras sangriento combate y haciendo veintisiete prisioneros.

Llegados estos hechos y otros por el estilo á conocimiento del Presidente de la República, hizo llamar al General Cruz, y segun se dijo, lo reprendió muy severamente.

## VII.

Miguel se sentía profundamente atraído hácia Julia; su infortunio la idealizaba á tal punto á sus ojos, que pensó seriamente en arrancarla de aquel hombre cuya historia no conocía, pero que adivinaba no ser muy limpia. Sin embargo, el porvenir le inquietaba; era probable que partiesen al día siguiente. . . . ¿y si no volvía? . . .

Le había dejado dicho que regresaría; que deseaba le hiciesen de comer porque en la fonda del pueblo le daban todo muy escaso y no lo atendían, por preferir á los oficiales superiores.

Bernardo acogió eso con muestras de placer y ordenó imperiosamente que matasen una gallina para obsequiar á su jefe; que mientras llegaba la hora, le suplicaba que lo llevara, él que podía, á ver la pieza de que le habían hablado; tenía esa curiosidad porque la verdad *ya mero* se decidía á acompañarlos para acabar con los fanáticos.

Miguel le contestó ingenuamente que fuese á las once del día á la alameda y lo llevaría para que la viera, aunque de lejos.

Volvió á su puesto en el río, muy silencioso, pensando en aquel golpe del destino que lo arrojaba tan léjos, enfrente de terribles acontecimientos; la vispera tal vez de su muerte. Pensó en su padre, humilde y honrado escribiente que pasó veinticinco años de su vida en una notaría; consagrando toda su actividad en hacer ricos sucesi-

vamente á tres hombres que lo abandonaron cuando fué inútil... su pobre madre, viuda, aún bella, vuelta á casar é infamemente maltratada... luego el escándalo horrible, la separación en que intervino la policía... su salida del colegio para ser un oscuro subteniente que algunos días más tarde estaría en algun punto perdido en los desiertos de Chihuahua á cuatrocientas sesenta leguas de México.

Meditó en el encuentro, no con una vírgen, ideal, romántica, seres imposibles que suele forjar la imaginación juvenil; sino con una pobre muchacha infamada vilmente, manceba de un bandido; sér desgraciado y candoroso, que lo había visto con sus hermosos ojos negros, como demandándole auxilio y brindándole un amor sencillo como su alma pura y casta.

Y Miguel en el fondo de su alma juró protegerla y aún amarla.

El, espíritu nada vulgar y eminentemente serio, sintió nacer una afección por aquella mujer que se le presentaba con el prestigio de su inocencia y su infortunio.

Cuando regresó al campamento tuvo que tomar su carabina è ir como los demás oficiales, al ejercicio del tiro al blanco que el General había ordenado para que conociesen sus armas.

A la lista de doce, cuando él cepillaba el capote empolvado en que había dormido, fueron á avisarle que lo buscaban.

Era Bernardo que venía á recordarle su promesa. Tuvo que acceder y lo llevó á ver la piececita desde el viejo zahuán de la casa habilitada de Cuartel General.

Se separó de él, evitando su compañía; pero quedando

de verse en su casa, donde habían mandado hacer la comida.

Cuando estuvo solo, vaciló en ir, considerando una estupidez tomar una mala comida en el *covachón* de D. Bernardo, y respecto á Julia ¿no era atormentarse á sí mismo à la vista de una juventud desgraciada, que solo honda amargura podía inspirarle?

Se encaminó lentamente á la plaza, resuelto á comer en la fonda; pero encontró á Castorena que venía de la fonda donde supo que la oficialidad había dado fin con todo y nada quedaba para él ni para Miguel ni para los que se hubiesen retardado; pero que en revancha iba á beberse media botella de tequila y á comer una libra de queso, únicos víveres que pudo encontrar.

Invitó á Miguel á tomar una copa que este rehusó, y puesto que en la fonda no había que comer ya, tomó rumbo al río después de haber conversado un rato con él.

Julia había improvisado una mesa con dos bancos y una tabla vieja. Extendió una servilleta muy blanca con toscos dibujos y colocó un plato de peltre y una cuchara.

En la chimenea con un buen fuego hervía en una olla, la gallina, mientras en una cazuelita, chillaban en un mar de manteca, algunos trozos de tocino.

Mariana de rodillas ante el *metate* con la cabeza baja, molía el chile, con una regularidad de trabajo mecánico, mientras aquella iba y venía muy activa, poniendo todo en órden.

Dos gallos amarrados en un rincón del cuarto, cantaban alternativamente en tanto que un perrazo amarillo, flaco y peludo dormía con las patas estiradas, en el recángulo de sol que entraba por la puerta.

Julia se conmovió cuando Miguel saludándola le estrechó suavemente la mano, y no pudo pronunciar una palabra.

Al poco rato salió de su turbación, se excusó porque aún no estaba la comida y al fin mirándolo con atrevimiento añadió que quería no se enojara por ello, que á ver si otra vez no sucedía lo mismo.

—¿D. Bernardo, no tardará, mucho, verdad?

—Sí señor, no ha *de dilatar*; siempre come á estas horas; ahora verá vd. como me regaña porque no está el almuerzo.

Había un acento tal de amargura en estas palabras, que el joven volvió á experimentar un sentimiento de atracción irresistible hácia ella. Sobre todo, lo que más le cautivaba eran sus miradas francas, ingenuas; de una dulzura encantadora.

—Pero... ¿cómo lo quiere vd? Mire... y no pudo seguir porque le indicó con un movimiento de cabeza á la vieja que en ese instante vertía el chile en la cazuela.

Permaneció silencioso y luego manifestó querer obsequiar á D. Bernardo, con una lata de sardinas y un buen trago.

—¿No vá, doña Mariana, mientras hago la sopa?... ¡ah! también trae el amasijo; porque con ese no alcanza.

Mariana alzó lentamente la cabeza y con sus ojos vidriosos los contempló un momento; luego lentamente, sin decir una palabra, tomó su desgarrado chal de encima de un baúl y el billete que le alargó Mercado, con un gesto de desprecio.

Salió como una sonámbula, sin hacer ruido; sin la menor manifestación de voluntad propia.

Cuando quedaron solos, Miguel se puso en pié y se acercó á Julia que bajó la cabeza y dejó de cortar un pedazo de queso que tenía en sus manos.

—Mire vd Julia, Dios es bueno y no quiere, no puede tolerar esas cosas; vd. tan bonita... tan niña... con él... eso es malo.

Hubo un momento de silencio; él no se sentía capaz de continuar expresando su pensamiento atrevido y ella... la pobre... advirtiendo todo con su instinto de mujer, no era posible que contestase, así es que hasta después de unos momentos balbuceó:

—No, no... yo también digo eso... pero ¿qué hago?... ¿quién me va á creer á mi?... me mataría si—y se puso á sollozar.

—No llore... ándele... no sea tonta... cuando volvamos se viene conmigo... qué me ha de hacer... en Chihuahua ya veremos.

—¿Si pudiera ir á Chihuahua ó escribir á mi padrino! puede que hasta me haya olvidado hacer las letras... pero no... no, déjeme, déjeme... ¿ve...? también es vd. así... ¡no!

Miguel enternecido, arrebatado, la había tomado del talle y trataba de besarla en la frente.

Ella, encarnada de rubor, sorprendida por la audacia del oficial, temblorosa, extendía en el vacío sus manos, retrocediendo hasta la pared del fondo; allí Miguel rápidamente acercó su rostro al suyo, besándola en la mejilla, sin ningún ardor sensual, como hubiera podido besar á una hermana.

Julia, dió un ligero grito cubriéndose el rostro con el delantal, mientras Miguel, algo arrepentido la contemplaba en silencio y melancólicamente.

En aquel momento, agitando ruidosamente las alas y alargando su cuello orlado de plumas de rojo dorado, uno de los gallos cantó; el perro abrió los ojos, mirando perezosamente en torno suyo, mientras el otro gallo, completamente blanco y de enorme cresta cantaba también.

—¡Como te quiero Julia! le dijo al oído el joven enternecido, de pié á su lado, acercando á su rostro enrojecido sus labios candentes aún, por el beso con que la había súbitamente asaltado.

Aquel beso ardiente de Mercado la hizo estremecer inundando todo su ser con una alegría extraña hasta entonces para ella, despertando en su carne sensaciones dormidas por la misma brutalidad del hombre con quien vivía.

El se apartó y le dijo con dulzura y muy quedo:

—No Julia, yo la quiero... es muy diferente... oiga vd.

En aquel momento el perro gruñó estirándose y moviendo la cola; ella palideció, volvió á tomar el queso, diciéndole:

—Es que allí viene... ¡síntese por Dios!

Tuvo que sentarse: una oleada de sangre, llevó la ira á su cabeza; pero después se serenó y esperó tranquilo á Bernardo que llegaba como siempre, borracho y que le dijo alargándole una botella á medio llenar:

—¡Ah!... ¡como es Usted bueno, mi jefe!... ¡mire no mas que tequila le traigo!... ¡Hepa! Julia, un vaso!... ¡pronto, condenada de Lucifer!

Julia humilde, atontada aun, se acercó temblando con un vaso. Miguel lo tomó apretándole amorosamente la mano; ella abrió los párpados y sus negras pupilas fulguraron una mirada impregnada de gratitud, amor y ternura, mientras el salvajón Don Bernardo, apoyándose en la pared tosía fatigosamente, con el rostro congestionado.

## VIII.

La noche del 16 de Octubre hubo una gran animación en el campamento de las compañías del 9º Batallón.

La vieja alameda, estaba transcurada; los vendedores hacían su agosto; el oficial de la guardia, que era el teniente Torrea energicamente presenciaba el registro de las *viejás*, no dándose punto de reposo para vigilar el orden del campamento.

Las cincuenta ó sesenta mugeres con sus fogatas en que guisaban, sus gritos y algazara, daban un colorido pintoresco al cuadro de armas en que se encerraba la tropa al rendir las jornadas.

Mientras el soldado tendido en su zarape descansaba de la ruda marcha, ellas acarreaban leña, robaban gallinas, compraban pan, queso ó lo que había, y á los diez minutos se elevaban del campo, espesas columnas de humo que envolvían todo en una bruma azulada, á través de la que se veían los pabellones de armas alifeados, los grupos confusos de hombres y mujeres, las maletas regadas y los montones de leña empezando á arder, rodeados de hambrientos que soplaban con los carrillos hinchados, y entre esta confusión y desorden los oficiales atravesando en todas direcciones, dando órdenes á gritos, en medio del barullo universal.

Las *chimoleras*, vendedoras de comida barata—platicos de á cuartilla—andrajosas y sucias, despeinadas y con los

brazos desnudos. Ante las enormes cazuelas y las negras ollas, tosían gravemente, gritando y gesticulando, disputando con gran lujo de obsenidades con las compañeras.

Pero esa noche había aún más motivos para la animación. La tropa estaba descansada y relativamente había comido bien, por lo que estaba alegre. Las mujeres habían hallado carne y manteca barata, y no pedían más.

Algunas, las ricachonas, habían comprado sotol, con lo que más que suficiente era para que reinase un rebumbio de todos los diablos.

Todas y todos sabiendo que la partida era al día siguiente, habían reforzado con suela nueva sus *huaraches*, y ya frescos, se sentían dispuestos á atravesar el mundo si así lo ordenaban.

Aquellos pobres diablos que conducían allá, al fondo de la sierra, á morir como obreros ó á matarse como leones, estaban muy tranquilos, algunos hasta amorosamente recostados junto á sus mujeres, las que charlaban sempiternamente.

Y allá, á algunos pasos del campamento, en una casa aislada en la oscuridad de la noche, en un cuarto por cuya puerta, rojizo cuadro de luz se percibía, dos hombres paseaban hablando lentamente, acalorándose á veces ó á veces guardando silencio.

Era el teniente coronel Florencio Villedas y el capitán Eduardo Molina que hablaban de las disposiciones que tomarían, según el plan concebido por el General en jefe.

Y en tanto que el campamento se animaba más y más y que los dos comandantes de la fuerza, conversando friamente pensaban en sus responsabilidades,—en una tienda amplia, en el portalito de la plaza toda la oficialidad,

jovial y expansiva á fuerza de beber, se mofaba del porvenir y entonaba un canto de triunfo anticipado.

Las tandas de copas de tequila se sucedían como descargas cerradas, en medio de aplausos y bríndis.

Castorena, el poeta oficial, que por cada copa blasfemaba una estrofa, estaba en su elemento y completamente rojo, revuelto y erizado el cabello, con frases cadenciosas y retumbantes lanzaba dècimas y cuartetas á diestra y siniestra, tronando en aquel apoteósisis de su genio.

—¡Que hable en verso Castorena! ¡Que brinde Castorena!

—¡Silencio! va á hablar el vate.... ¡que le den otra copa y brinde!

Tomó la copa con mano temblorosa vertiendo parte del líquido y vociferò, para dominar el tumulto que acrecía:

Aunque ahora es ya de noche,  
La palabra humilde pido  
Para brindar sin reproche,  
¡Porque pronto sea destruido  
El vil pueblo de Tomoche.!

—¡Bravo, bravo!... ¡Bien por el poeta!—y una tempestad de aplausos se desencadenó; mientras afuera, en el portal, algunos *paisanos* envueltos en gruesos cobertores rojos, miraban taciturnos al interior de la tienda llena de humo de cigarro, donde aquella oficialidad bisoña se alegraba con tequila.

Rayò en delirio el entusiasmo; fuè demencia aquello... un capitán auguró espléndido porvenir al que hacía quintillas semejantes, y mientras un nuevo bríndis preparaba el bardo y los demás conversaban cada uno de diferente cosa y un hombre de inmensa barba y descomunal

cabellera roncaba completamente ébrio, Miguel, sugestionado por la frenética y galvanica alegría de la reunión, bebía también, y ya exitado su cerebro débil, llevado por la avalancha de su compañía, trataba en vano de demostrar que aquello era estúpido y que la poesía debía desterrarse del mundo donde la realidad era horrible.

Por supuesto nadie lo escuchaba y su disertación pesimista pasó desapercibida.

Le habían obligado á beber y el alcohol lo enloquecía, despertando en él recuerdos amargos, después una alegría extraña y en el tercer grado, apetitos brutales, que lo transformaban en fiera. En aquel instante estaba en el periodo de la melancolía y filosofaba silenciosamente entre el fragor de aquella bacanal.

—Pero después de todo,—decía,—¿por qué no beber? . . . para aniquilar la pena . . . ¡eh Martínez! yo no he bebido, yo también quiero brindar! . . . una copa! . . .

—El frile Mercado quiere beber, ¡una copa para el filósofo!—aulló Castorena.

—¡Que repitan las copas por mi cuenta!; dijo el teniente Ramirez—y que brinde Mercado.

Cuando el tendero colocó las copas en *línea desplegada* como decía Castorena, sobre el mostrador, Ramirez que era el obsequiante, fué dando á cada uno la suya, y todos habituados á las formaciones en orden, hicieron un círculo en cuyo centro se colocó Miguel, quien cuando se restableció el silencio, comenzó un brindis disparatado é incoherente.

—No vengo como Castorena—decía—á improvisar cuartetas . . . yo desprecio el verso, y la poesía me repugna . . . porque es mentira y todo lo falso debe proscribirse

de la sociedad, vengo, mis superiores y compañeros á demostraros lo noble de nuestra misión; somos las víctimas expiatorias de los extravíos sociales; somos los inmolados por el destino ó la casualidad en nuestra misión de soldados . . . cumplamos con ella . . . brin . . . brin . . . ¡brindo por el deber y la milicia mexicana!

Nadie, ni aun el mismo comprendió lo que había dicho; pero le aplaudieron, creyendo que decía muchas preciocidades.

La francachela seguía y la luz de las tres lámparas que colgaban del techo de la tienda alumbraba con reflejos amarillos los uniformes de dril de los oficiales gesticulando exitadísimos en aquel ambiente impregnado de alcohol.

Castorena, que tenía nombrado en el campamento un *rondin* de nueve á once se retiró, gritandole:

—¡No se te olvide, Mercado, que tu estás de *rondin* de 11 á una!

Sentado en una banca, en un rincón de la tienda, Bernardo roncaba, con la cabeza recargada sobre la pared y la boca abierta. El sombrero se le había caído á un lado y su sucia y alborotada melena de feroz bandolero.

Ya iba á darle un abrazo á Castorena á quien ya no despreciaba; cuando volvióse á fijar en el oso de la casa del río, y por su cerebro exitado pasó entonces una idea que le hizo erguirse y meditar; después ya no vaciló, y escapando de la tienda, atravesó corriendo la plaza, silenciosa y oscura; tomó por callejas desiertas hasta llegar al río y después de muchos rodeos y algunas caídas llegó hasta la puertecita baja de la casucha de Julia y allí tocó. Ladró el perro, pero fué callado prontamente; luego sin preguntar le abrieron.

1025004892

No eran aún las nueve de la noche, pero todo estaba ya en el más profundo silencio. Violentas ráfagas de viento glacial doblaban los arbustos de la orilla.

Miguel, aterido, al abrirse la puerta, entró precipitadamente; una lámpara que ardía en un rincón se apagó al instante; pero dejándole tiempo para distinguir como á la luz de un relámpago una visión magica.

Julia con los piés descalzos y una enaguilla corta; con su camisa blanca mostrando su seno y brazos desnudos; Julia en actitud de salir de la cama semi-revuelta, apareció tiritando á sus ojos deslumbrados. Después la oscuridad irritante arrebatándose; la sombra negra interponiéndose, en tanto que ella se retiraba al fondo del aposento, asustada á la aparición de un hombre que no era su amo.

—Soy yo, Julia, ¿dónde está vd.?....no tenga miedo....yo, Miguel.

Al fin comprendió ella, y balbuceó con expresión de sumo terror:

—¿Usted, señor?....pero....cállese....mire....pero dígame por Dios dónde está D. Bernardo, va á venir....¿que?....¿que quiere Usted?

Miguel no escuchaba, ni atendía nada; sentía un arrebatado salvaje, y dominado por el vértigo extraño de su embriaguez, la buscaba á tientas, tropezando con miles de objetos y más exitado cuanto menos la encontraba.

En vano ella trataba de inquirir, de saber ante todo de Bernardo....por fin, él la tomó de un trazo y la besó con frenesí.

Suplicante, con las lágrimas en los ojos la infeliz, palpitando también de emoción cerca de él, que la acariciaba, le contó que debían partir á la mañana siguiente antes

que las fuerzas, para Tomochic, que no fuera también él malo, que comprendiera que no tardaría en venir y los mataría!.....

.....

—Ah! como es Usted malo, como es Usted malo!.... murmuró sollozando, mientras él la besaba repetidas veces en el cuello desnudo, en las tinieblas, en las que resonaba el ronquido monótono y acompasado de Mariana que dormía en un rincón.